

EMANUELA JOSSA

MAZZEO, Marco (2020). *El sofista negro. Muhammad Ali, orador y púgil*, Barcelona, Tercero Incluido

Desde hace unos años el pensamiento filosófico radical italiano (también conocido como “operaísmo” y “marxismo herético”) se interroga no solamente acerca de la posibilidad de emancipación del dominio del capitalismo y de sus promesas, sino también sobre el sentido de “hacer filosofía”. Para el operaismo italiano, la filosofía interpreta la realidad, pero más que todo quiere transformarla, refutando la pretensión del capitalismo de ser un sistema ineluctable, casi obvio, la única forma política posible. Es una filosofía relacionada con una praxis, que distingue y valora los síntomas como manifestación material de una experiencia y de una etapa históricamente determinada.

En *El sofista negro. Muhammad Ali, orador y púgil* publicado en 2020 (Barcelona: Tercero Incluido pp. 142) el filósofo operaísta Marco Mazzeo define al boxeador Muhammad Ali un “síntoma ético-político atroz” (117). El campeón mundial de peso pesado es una figura atravesada por contradicciones y reconocimientos, ícono de la cultura pop, figura emblemática de la sociedad del espectáculo y a la vez emblema político de las luchas por los derechos civiles. Sus contemporáneos lo ensalzaron y lo denigraron, trataron de descifrar sus vacilaciones.

Dos escritores argentinos ofrecen un reflejo de este intento de sistematizar al boxeador. El 14 de septiembre 1923, en el *Polo Grounds* de Nueva York tuvo lugar la llamada “pelea del siglo”: el estadounidense Jack Dempsey y el argentino Luis Ángel Firpo, apodado “El Toro salvaje de las Pampas”, se disputaron el título mundial. Los argentinos escucharon la crónica por radio. Julio Cortázar tenía 9 años, estaba en Banfield, y como su familia era la única del barrio que lucía una radio, estaba en el patio de su casa con buena parte del vecindario. En el

primer round Firpo arrojó a su oponente fuera del cuadrilátero, suscitando el júbilo de sus hinchas por la que parecía una victoria por nocaut. Pero *muchos* segundos después (tal vez 15), ayudado por el público y los periodistas, Dempsey volvió al ring y empezó a demoler “la pared de ladrillos”, es decir el cuerpo de Firpo, según la imagen de Julio Cortázar:

hasta no dejar más que un montoncito en el suelo junto con quince millones de argentinos retorciéndose en diversas posturas y pidiendo entre otras cosas la ruptura de relaciones, la declaración de guerra y el incendio de la embajada de los Estados Unidos (Cortázar, 1967: 128)

De hecho, Dempsey ganó la pelea con un fraude: no volvió por cuenta propia al ring y además el árbitro (“yankee”, puntualiza Cortázar) empezó la cuenta con retraso y transcurrieron más de diez segundos cuando se encontró de nuevo en pie. “La radio naciente y el box al borde del ocaso habían convergido dramáticamente” (124), sigue escribiendo Cortázar comentando el episodio en “El noble arte”. En opinión del escritor argentino, con aquella pelea, el noble arte del boxeo se acabó. Dio sus postremos frutos (Justo Suárez, Ray Sugar Robinson) y “el resto fue y sigue siendo entropía” (128).

Cortázar escribe “El noble arte” en 1967 e indica como ejemplo emblemático de la decadencia y el desorden del boxeo “ese triste mamarracho que hasta escribe versos, Cassius Clay”(128)¹. El escritor argentino, claro está, forma parte del amplio grupo de detractores de Muhammad Ali². Tal vez su desdén se debe a otro supuesto fraude, el conocido golpe fantasma de Ali durante el enfrentamiento con

¹ En 1967 el boxeador ya se llama Muhammad Ali, así que Cortázar estaría rechazando su nuevo nombre como muchos adversarios.

² Para el caso específico de la Argentina, Ali estuvo dos veces en el país en 1971 y en 1979, suscitando polémicas. cfr. Daniel Guiñazú, 2016.

Liston. Tal vez lo considera un mequetrefe por su pelea verbal con Floyd Patterson³ o por la actitud histriónica y el descaro manifestados en los medio de comunicación. O simplemente Cortázar lo considera un taimado hombre de negocios, perfectamente integrado en la sociedad del capitalismo avanzado que él despreciaba.

El comentario de Cortázar sobre Cassius Clay procede de *La vuelta al día en ochenta mundos*, un libro que reivindica la búsqueda de otras formas de existencias, des-colocadas y laterales, como sus cronopios. En 1967 Ali ya es una estrella del deporte, cuenta con 29 victorias sin derrotas, 22 de ellas por nocaut. Es un estandarte de la reivindicación de los derechos civiles de los afroamericanos e integra los Black Muslims. El mismo año también sufre la suspensión de la licencia de boxeador y es despojado del título mundial por negarse a prestar el servicio militar en el ejército estadounidense que lo habría enviado a Vietnam. Pero no es un cronopio.

Siete años después, en 1974, otro escritor argentino, Osvaldo Soriano, escribe una crónica desde una perspectiva diametralmente opuesta, titulado significativamente “A sus plantas rendido un país”⁴, La ocasión es el “Rumble in the jungle”, la pelea entre Ali y George Foreman en Zaire. Para Osvaldo Soriano el triunfo de Ali es “el de los musulmanes negros, el de los objetores de conciencia atormentados y encarcelados por negarse a pelear en Vietnam” (Soriano, 1974: 64). Sin saberlo, Soriano casi transforma a Cortázar en una víctima más de la manipulación de los medios de comunicación, cuando asevera: “Se declaraba objetor de conciencia, se confesaba integrante de los Black Muslims; eso bastaba para que los medios de comunicación elaboraran una imagen de monigote, de payaso,

más digestiva para el público”(65). Un monigote, un payaso, un mamarracho en palabras de Cortázar. Y agrega: “ese hombre rebelde que reúne –juntas– dos condiciones intolerables en los Estados Unidos: es negro y habla demasiado.”(65) Resultó así “una víctima ideal: molesto, fanfarrón, irritaba al periodismo con sus declaraciones, horribles poemas e insidiosas canciones” (65).

Evidentemente el boxeador es una figura ambivalente y compleja, alabada y escarnecida, para unos víctima del sistema de producción capitalista, para otros su promovedor. Si para Cortázar es un monigote que nunca podría integrar el país de los cronopios, para Soriano brinda “una de las más grandes lecciones de fe, de dignidad, de vida, de que es capaz un hombre”(64). En la sugerente propuesta de Marco Mazzeo, Muhammad Ali es un “sofista negro”, capaz de desenterrar “conflictos olvidados, formas antropológicas sepultadas por la Historia” (8). El filósofo presenta una biografía alegórica, y desde una perspectiva antropológica y a posteriori, posturas que ni Cortázar ni Soriano podían tener, ubica la figura compleja del boxeador en un tiempo antiguo de la cultura occidental y a la vez en la etapa de la posmodernidad. A lo largo de su trabajo, el estudioso italiano muestra como esta combinación de temporalidades tan distantes se debe a las performances del campeón que retoman la retórica sofista y la lucha de los pancracios, y a la vez encarnan la sociedad del espectáculo configurada por Guy Debord:

el entramado entre palabra y combate, devuelve a la escena de Occidente un tema inquietante: no solo la relación entre retórica y acción corporal, sino también entre retórica y violencia [...] la producción performativa de Clay (después Ali) pone en el centro de la escena dos figuras infames conectadas entre sí. La primera es el pancraccio, una lucha total, la actividad atlética más próxima a la guerra de todos contra todos, de aquello que la filosofía moderna llama «estado de naturaleza». La segunda es el sofista, el

3 Durante toda la pelea, Ali le preguntó a Patterson (Tío Tom) “¿cuál es mi nombre, tonto?”.

4 El título retoma, con una variante, un verso de la letra de Vicente López y Planes del himno nacional argentino “a su planta rendido un león” que luego será el título de su novela *A sus plantas rendido un león* publicada en 1986.

orador más desacreditado del mundo antiguo (41-42).

A esta complejidad, a la afinidad con la retórica de Atenas del V siglo, se deben las apreciaciones tan dispares del “sofista negro”. Más allá de la aversión o del entusiasmo mostrados por Cortázar y Soriano, es interesante destacar que el punto en que coinciden las diferentes apreciaciones de los dos escritores y que se relaciona hondamente con el libro de Marco Mazzeo, es justamente el arte retórico de Muhammad Ali. La afirmación de Cortázar “ese triste mamarracho que hasta escribe versos” es reveladora y reclama otro tipo de comentario. El adverbio “hasta” con valor ponderativo es sintomático: Ali es escandaloso porque *incluso* compone poesías. Un boxeador dueño de la palabra desarticula la oposición entre el cuerpo y la mente, entre la concreción de la fuerza y la abstracción del discurso. Poco importa si para Soriano se trata de “horribles poemas e insidiosas canciones” (Soriano 1974: 64).

De esta forma, la encrucijada temporal inquieta y aparentemente paradójica individuada por Mazzeo, el “anacronismo innovador” (17) en palabras del estudioso italiano, coincide con la figura del sofista, ahora negro, que también lucha a través de las palabras. En su libro sobre el campeón mundial, Hauser (1991: 139) ha definido los versos de Cassius Clay/Muhammad Ali “poetic assault”, que Mazzeo describe así:

los asaltos poéticos son inseparables de ataques corpóreos verdaderos, de performances atléticas de agresividad ritualizada, aunque por este motivo no pierdan sus efectos. Este aspecto, el entramado entre palabra y combate, devuelve a la escena de Occidente un tema inquietante: no solo la relación entre retórica y acción corporal, sino también entre retórica y violencia. (41)

En los primeros dos capítulos, Marco Mazzeo analiza unos ataques poéticos y otras

prácticas discursivas relacionadas con la agresión, individuando dos herramientas inéditas utilizadas por el boxeador: las previsiones y el vituperio. Por un lado, las previsiones exhiben el entrelazamiento entre la palabras y la praxis, “en una acción verbal de difícil clasificación porque se encuentra a mitad de camino entre el juramento y la apuesta” (49). Ali se compromete a combatir (promesa) y a la vez produce predicciones que se refieren al resultado de su propio combate. Por otro lado, para explicar la función del vituperio de Muhammad Ali, el filósofo desarrolla una argumentación sumamente interesante sobre elogio y vituperio. Analiza en profundidad la etimología de las palabras (respectivamente *ainos* y *psogos*) para concluir que elogio y vituperio: “no son el lado positivo y negativo de la acción lingüística, son como las dos piernas del discurso, necesarias ambas porque no son equivalentes. En el primer caso se insiste en la coincidencia entre el decir y el ser, en el segundo, en su hiato” (60). El vituperio del boxeador no solamente no está exento de contradicciones, sino que las empuña. Las metáforas animales, que por lo general enaltecen las cualidades de los deportistas, en sus asaltos son utilizadas en contra del adversario en su vertiente bestial y fundamentalmente racista. Liston es un oso, un bicho para el zoológico, un mono. Ali, con su retórica, “invierte el estereotipo del negro animalesco que boxea porque no sabe hablar, al mismo tiempo que ese estereotipo es utilizado por el púgil contra el oponente” (55).

A través de un análisis riguroso y a la vez nutrido de intuiciones brillantes, Marco Mazzeo muestra cómo los dos recursos mencionados (las previsiones y el vituperio) no son solamente maneras de golpear al adversario, sino una acción subversiva que implica una peculiar osmosis entre palabra y acción, cuya intersección comporta un significado político. Si el boxeo es una forma (espectacular) de trabajo realizados a través de las manos, “Ali es escandaloso porque introduce la palabra en el

trabajo manual. Produce shocks contemporáneamente táctiles (golpes de guante) y verbales (asalto poético, vituperio, invectiva, predicción que se autocumple)” (100). De nuevo, la figura del boxeador se adelanta a nuestros tiempos: en la inextricable relación entre retórica y trabajo que caracteriza el modo de producción del capitalismo tardío, “no es difícil encontrar siempre más casos de obreros de la palabra” (101).

Marco Mazzeo considera el boxeo una forma de exhibición ritual y circunscripta de lo que significa el uso de la vida. Establece, así, un fructuoso diálogo con *Play and Reality* de Winnicott, retomando sus reflexiones sobre la agresividad, sobre la dimensión conflictual del uso y el carácter constitutivo de la derrota. Mazzeo termina su razonamiento subrayando, en cursiva, que “*Las palabras de odio no son solo el fruto de quien quiere someter a los que se encuentran entre las cuerdas; pueden ser el instrumento para cambiar lo que nos rodea*” (83). El enfrentamiento es una práctica necesaria, es una dimensión antropológica fundamental de la experiencia. La animadversión de las palabras de Muhammad Ali procede de choques y colisiones, arranca del conflicto con un entorno que él quiere modificar. De esa forma, el boxeador pone en escena el choque de la violencia, el conflicto físico, verbal y finalmente político. A través de Muhammed Ali, Mazzeo reivindica la necesidad del conflicto y entrevé en el boxeador la capacidad de ponerse a prueba para desafiar lo que existe pero que, a pesar de lo que predica el *capitalismo real*, como lo define Mark Fisher, no necesariamente tiene que seguir siendo de esa forma.

Otra vertiente del Ali orador es la autopromoción, que escandalizaba a Cortázar y a otros intelectuales en los años sesenta y setenta, pero que hoy en día es el paradigma del trabajo de los obreros de la palabras, desde los operadores de un *call center* hasta los académicos. De hecho, en la última sección del libro, titulada “El filósofo boxeador”, el estudioso ve en la figura de Ali unas claves para

comprender la profundidad de las transformaciones del trabajo y el tránsito a un modo de producción movido por lo que Marx designó general intellect. El discurso de Mazzeo sobre Muhammad Ali se conecta así a la perspectiva filosófica del operaismo italiano, en diálogo con otro filósofo italiano, Paolo Virno, y con él ratifica la imposibilidad de separar trabajo y acción política: “Muhammad Ali ha puesto en escena sobre el ring, anticipándolas, las características de un mundo del trabajo en transformación acelerada. Aquí la marca de su escándalo, allá su potencial innovador”(100). El cruce entre el sofista negro y las transformaciones del trabajo de la segunda mitad del siglo XX es una de las grandes intuiciones de Marco Mazzeo, algo que ni Soriano (que lo considera una víctima y un rebelde) ni Cortázar (que lo considera un engranaje del capitalismo) podían ver desde la contemporaneidad.

En la conclusión del libro, Mazzeo ofrece un claro paralelismo entre la filosofía operaísta y el boxeo del campeón:

Del mismo modo que Muhammad Ali hizo salir el boxeo del ring y lo llevó al mundo de la guerra y de la segregación, una filosofía no subalterna está privada de esperanza si se la confina dentro del cuadrilátero de un combate académico. El sofista negro ha hecho entrar en el boxeo la palabra y el conflicto social. De manera análoga, la filosofía operaísta acoge con los brazos abiertos todo fenómeno del mundo contemporáneo. (115)

La traducción al español del libro de Mazzeo, publicado en Italia en 2017, es una muestra de una manera enriquecedora de detectar síntomas e interrogarlos. Es una valiosa oportunidad para dialogar con otra voz del pensamiento político alternativo italiano.

BIBLIOGRAFÍA

CORTÁZAR Julio (1967). “El noble arte”, *La vuelta al día en ochenta mundos*. México: Siglo XXI.

FISHER, Mark (2009). *Capitalist Realism: is there no alternative?*. Winchester: Zero book.

GUIÑAZÚ Daniel. “El más grande en la Argentina”. *Página 12*, 6 de junio, (2016).

HAUSER, Thomas (1991). *Muhammad Ali: His Life and Times*. New York: Simon Schuster.

SORIANO Osvaldo. “A sus plantas rendido un país”, *Crisis*, N. 20, (1974), pp. 64-65.